

Desde aquel día nadie volvió á ver á Lore-Lei, y los bateleros no tuvieron ya que temer su canto de sirena. Todo lo que de ella queda es un eco burlon que repite cuatro ó cinco veces el sonido del cuerno, ó la tirolesa nacional que el piloto canta siempre al pasar por delante de la roca de la Lore-Lei.

#### MR. DE METTERNICH Y CARLO-MAGNO.

Los extremos se tocan. Despues de la pobre Lore-Lei víctima de su amor, están las siete vírgenes víctimas de sus rigores: estas siete vírgenes son otras tantas hermanas que se divertían en hacer morir á los bellos jóvenes enamorados. San Nicolás, sin duda el antiguo protector de los mancebos, las convirtió en otras tantas rocas que salen del agua, y que nunca dejan de enseñar al paso á las jóvenes, para curarlas de la misma enfermedad, si por acaso eran atacadas de ella.

Dejamos á Oberwesel, su grande torre, y la Prusia Rhiniana, para entrar otra vez en el país de Nassau de donde acabábamos de salir. El castillo de Gutenfelds, demolido en 1807, y que domina á Caub, contiene un cuerpo de guardia conservado en memoria de Gustavo Adolfo, quien estuvo en él para dar sus órdenes en una batalla que dió á los españoles que querían impedirle pasar el Rhin. Casi frente á este cuerpo de guardia, y en medio del Rhin, se eleva una construcción maciza y de forma extraña, que de lejos parece un navío anclado, dispuesto para bajar por el río. Es el Pfalz; al que se sube por una escalera estrecha, y donde las princesas palatinas iban á dormir. Un pozo escavado en la roca, y con el que no comunicaban las aguas del Rhin, ha ido á buscar su manantial á veinte pies bajo el suelo del río.

Cien pasos mas arriba del Pfalz se encuentra Bacharah: tres cosas le recomiendan á la curiosidad del viagero, sus ruinas, su Wilde-Gefehrt y su vino. Las ruinas son las iglesias de Werner. Su Wilde-Gefehrt, el paso furioso, es una especie de remolino que forma el río, poco peligroso en tiempo de calma, pero terrible en los días borrascosos; su vino en fin, de que hacia tanto aprecio el emperador Wenceslao, que por cuatro odres de aquel vino concedió la libertad de Nuremberg. Por lo demas, por una roca que se encuentra entre la isla Bacharah y orilla derecha del río, se puede saber de antemano cuál será la cualidad de aquel maravilloso líquido. Si del mes de julio al de setiembre saca la

cabeza la roca fuera del río, lo cual no sucede sino en los años de gran sequía, se puede comprar la recolección sobre seguro; si por el contrario permanece la roca cubierta por el agua, los aficionados saben que tienen que esperar á otro año.

En cuanto á las ruinas de la iglesia, de las que no hemos dicho mas que una palabra, se conservan deterioradas como están, como un lugar de peregrinación muy frecuente: su reputación la han adquirido de los milagros que San Gualberto hizo, no solo durante su vida, sino despues de su muerte. Habiendo sido asesinado en Vesel, por judíos que querían hacerle renegar de su religión, y arrojado su cadáver en el Rhin, en lugar de bajar por el río, subió la corriente hasta Bacharah, de modo, que al día siguiente al de su asesinato cuando sus asesinos le creían por lo menos en Coblentza, le encontraron frente á su iglesia, echado y como dormido en la ribera.

Por lo demas, á medida que se sube el Rhin, pasan las tradiciones de lo poético á lo material; es que gradualmente se aplanan las orillas y sus costados cubiertos de viñedos suceden á las montañas coronadas de antiguos castillos, de modo, que cuando se ha pasado el castillo de Senneck, destruido en 1282 por Rodolfo de Habsbourg, y reedificado por la familia de Waldeck, que estinguída antes que él, le ha dejado extinguirse á su vez; el castillo de Falkemburgo, destruido en la misma época, y que como su vecino, reedificado á principios del siglo XIV por un conde palatino, fué abandonado en seguida al arzobispo de Maguncia, quedando en poder de los acreedores de este; por fin el castillo de Rheinheim, que mas feliz que los anteriores, daba su antigua celebridad á la tradición de Cunon de Falkenstein y su prometida, y su celebridad moderna á la protección que le concede el príncipe Federico de Prusia; tanto digo, que cuando se han pasado estos tres castillos, no tiene otra cosa mejor que hacer el poeta que dejar á su cicerone y tomar algún comisionista de buena casa de Colonia ó de Maguncia, é informarse de los mejores terrenos que le queda que encontrar. Y entonces, segun prefieren el vino tinto al blanco ó el blanco al tinto, eligirá entre Ingelheim, plantado por Carlo-Magno, ó el Johannisberg explotado por Mr. de Metternich.

La primera de esas dos celebridades doblemente históricas que se encuentran en el camino, es el Johannisberg: es una altura avanzada y saliente del Taurus, notable por su convexidad, y que de mesetas en mesetas desciende casi al nivel del río. En esas mesetas es donde crecen las viñas que proveen el famoso Chateau Johannisberg, que goza de tan alta reputación, que por poco catadores que seamos nosotros, no podemos dispensarnos de consagrar algunas líneas á su historia.

El famoso Bischfsberg ó Johannisberg,

segun se le quiera llamar monte del Obispo ó monte de San Juan, tenia en un principio en su cima un priorato fundado en 1109 por el arzobispo de Maguncia, Ricardo II. En 1430, es decir, veinte y dos años despues de su fundación, el arzobispo hizo de él una abadía que floreció por espacio de cuatro siglos, y que al fin, en 1552 fué quemada por Alberto de Brandeburgo. Este incendio que habia destruido el convento, produjo su supresión en 1587: lo que quedaba del edificio fué demolido por los suecos durante la guerra de treinta años.

Pero lo que constituía la fama del monte San Juan no era ni sus prioratos ni sus abadías: eran sus viñas. Así, en 1644, la primera montaña se entregó en prenda del tesoro del imperio, Huberto de Bleymann, por la suma de 30,000 florines, 66,000 francos próximamente, y como el reembolso de aquella suma no se verificó jamás, en 1716 se transmitieron al príncipe Foulde los derechos de sus herederos. A contar desde este momento, la explotación de aquel famoso viñedo comenzó á hacerse segun las reglas del arte; de este modo el producto de las sesenta y tres fanegas de tierra que forman su superficie asciende en manos de su nuevo propietario á quince ó diez y seis toneles, que algunas veces llegó á veinte y tres y veinte y cuatro. Como cada tonel contiene mil trescientas botellas, y en los años buenos, como sucedió en 1779 y 1783, por ejemplo, se vende la botella hasta en doce florines, es decir, hasta veinte y cuatro francos, se comprende, que la renta de esas sesenta y tres fanegas no deja de valer la pena. Así, cuando se suprimió la abadía de Foulde, que se verificó en 1803, el príncipe de Orange no se descuidó en hacer valer sus derechos sobre aquel precioso dominio: desgraciadamente, apenas tuvo tiempo de probar su producto, cuando Napoleón se le tomó como hizo despues con el reino de Holanda, y le dió al mariscal Kellermann, sin duda en memoria de su bonita carga de Marengo. El duque de Valmy lo conservó hasta 1816, en cuya época el emperador de Austria, que naturalmente no debía tener para con él los mismos motivos de reconocimiento que Napoleón, le despojó de él en provecho de Mr. del Metternich, quien le recibió á título de feudo, y á condicion de pagar el dinero. El célebre diplomático ensanchó los jardines, puso un piso mas al cuerpo del castillo, é hizo pintar sobre cristal en la capilla sus armas. ¿Ha querido indicar con eso la fragilidad de las cosas humanas?

Ademas de su gusto por la diplomacia y la agricultura, el príncipe de Metternich tiene tambien la pasión de los autógrafos. Sus relaciones por espacio de treinta años con todos los soberanos de Europa, algunos de los cuales le deben sus coronas, le proporciona-

ron la ocasión de reunir con facilidad una colección bastante bonita de cartas reales é imperiales, y con mas razón, como se comprende, de todos aquellos pequeños príncipes, cuyos estados han pasado y repasado ocho ó diez veces por sus manos. Ademas, como las odas de los poetas alemanes, y los sonetos de los improvisadores italianos no debieron faltarle, nada tenía que desear sobre este punto, cuando observó que en una época en que la prensa ha llegado á ser un poder, necesitaba por lo menos algunos autógrafos de periodistas. Mas como en Italia y Alemania, gracias á la censura, hay muchos periódicos, pero pocos periodistas, forzoso le fué recurrir á Francia. Mr. Jules Janin fué uno de los que recibieron con todas las formas de aristocrática cortesía que le distinguen, la demanda del rival de Mr. Talleyrand.

Mr. Jules Janin tomó en el mismo instante la pluma, y le escribió muy ingeniosamente este lacónico autógrafo:

*«Recibi de Mr. el príncipe de Metternich veinte y cuatro botellas de Johannisberg de primera clase.*

*«Paris, 15 de mayo de 1838.»*

Un mes despues, el periodista recibia de Mr. de Metternich las veinte y cuatro botellas de Johannisberg, cuyo recibo habia acusado de antemano con una confianza que sin duda apreció el príncipe.

Mr. de Metternich ha conservado escrupulosamente el ingenioso autógrafo de Janin. En cuanto á éste, dudo que haya conservado el vino de Mr. de Metternich.

El Ingelheim, que es el Johannisberg de la pequeña propiedad, á pesar de la inferioridad en que le tienen los inteligentes, puede gloriarse de tener un origen no menos aristocrático que su rival, porque si no es vendido por un príncipe, fué plantado por un emperador. Habiendo notado la excelencia del terreno, fué Carlo-Magno quien mandó trasportar allí las cepas del mejor vino de Orleans, y segun sus esperanzas, la vid ganó un ciento por ciento con la trasplatación. Fué un gran día para el emperador en el que obtuvo aquel triunfo, puesto que despues de Aix-la-Chapelle, su residencia preferida era Ingelheim, ó la Casa del Angel. He aquí el motivo de haber bautizado aquel castillo con ese poético y celestial nombre.

Por el año 868, resolvió Carlo-Magno hacerse edificar un palacio que dominase el Rhin, y en 874 este palacio estaba edificado. Era un magnífico edificio, medio fortaleza, medio castillo, que estaba sostenido por cincuenta columnas de mármol, y cincuenta de granito. Las columnas de mármol le fueron enviadas de Roma y Ravena por el papa Esteban III, y las columnas de granito habian sido sacadas del Adenwald. De modo que viendo su nueva

mansion imperial terminada tan felizmente, resolvió celebrar en ella una dieta. En consecuencia, fueron convocados para aquella gran solemnidad los príncipes y los señores de las inmediaciones.

La noche que precedió al día en que la dieta debía verificarse, y cuando el emperador acababa de dormirse, se le apareció un ángel y le dijo estas palabras: «Carlos, levántate y roba.» Carlo-Magno se levantó al punto y percibió un celestial perfume en su habitación. Mas como las palabras que el ángel le había dicho le parecieron nada más que á medias con los preceptos de Dios y la Iglesia, se figuró que había soñado, y se volvió á dormir.

Mas apenas el emperador había cerrado los ojos, la misma vision se le apareció de nuevo, y con severo rostro como el de un mensajero que tiene derecho de admirarse de que no se obedezcan sus órdenes, repitió el ángel por segunda vez las palabras que ya había dicho, y que el emperador creyó haber oído mal. Abrió al punto los ojos, y vió la habitación llena de una luz celestial, que fué poco á poco debilitándose, y concluyó por extinguirse completamente.

Sin embargo, era tan estraña la orden, que Carlo-Magno vaciló aun en obedecer, y echando la cabeza sobre la almohada, se durmió por tercera vez. Por tercera se le apareció el mismo ángel, pero con un rostro tan amenazador, repitiéndole la misma orden con voz tan imperiosa, que el emperador, que no se asustaba con facilidad, se estremeció de terror, y se despertó sobresaltado. Esta vez, no solo se había esparcido el mismo perfume y brillaba la misma claridad, sino que el ángel estaba en pie junto á su lecho, y hasta que no estuvo seguro de que el emperador no podía dudar de la realidad de su presencia, no estendió sus alas de oro y desapareció. Carlo-Magno no dudó ya que la orden le venia del cielo, porque el mensajero era demasiado bello para ser un enviado del infierno.

Carlo-Magno ya no vaciló; se levantó al punto, se vistió á tientas, deplorando aquel precepto del cielo, que le mandaba empezar tan tarde un oficio tan infame. Pero, como Abraham, el emperador estaba decidido á sacrificar todo á Dios, aun su mismo honor. Por tanto, se vistió su armadura, ciñó su espada, y tomó su casco en la mano, como si fuera á mandar una de aquellas expediciones guerreras por las que sentia tantas simpatías como por esta repugnancia: por fin salió de su habitación, y deteniéndose en una galería que dominaba todo el país, hizo un alto para decidir hacia qué lado dirigiria aquel robo cuya ejecucion tanto le costaba.

Por lo demás, la noche era oscura y como conviene para semejante expedición; mas por inspradora que fuese la oscuridad, el emperador era tan novicio en el nuevo arte que tenia que ejercitar, que por mas que se pasó

en todas direcciones cerca de una hora, todavía no se le había ocurrido ni una idea mediana, cuando de repente vió que acababan de robarle su casco, que había dejado en la balaustrada de la galería. El emperador buscó por todas partes, miró dentro y fuera; mas fué inútil toda pesquisa: el casco había desaparecido.

Cuanto mas andaz era el robo, mas diestro era el robador; y siendo diestro el robador, podia en semejantes circunstancias dar un buen consejo al emperador. Por tanto, le pareció que aquel robo era un nuevo favor del cielo, que viendo su embarazo, había tenido piedad de él. Por tanto, levantando la voz:

—Que el que me ha robado mi casco, esclamó, se presente ante mi, y por mi pecho real, en lugar de ser castigado, recibirá una recompensa de cien ducados.

Al punto resonó una aguda carcajada en la galería, y por bajo del tapete que cubria una mesa, vió Carlo-Magno salir á su enano, quien se aproximó á él tendiéndole el casco á fin de que echase en él la suma prometida.

—¡Ah! eres tú, infame ladrón, dijo Carlo-Magno; debiera haber sospechado que nadie mas que tú era capaz de jugarme tal chasco, y mandar que te diesen cien vergajazos, en vez de prometerte tan imprudentemente como lo he hecho, cien ducados.

—Si, amo mio, dijo el enano, eso hubiera sido mas económico, es verdad; pero un hombre honrado no tiene mas que una palabra. He aquí tu casco; ¿dónde están los cien ducados?

—Los tendrás al momento, cuando me hayas dado un buen consejo.

—Los cien ducados, dijo el enano, han sido prometidos por el casco, y no por el consejo; dame los cien ducados por el casco, y tendrás el consejo gratis.

Carlo-Magno alargó la mano para coger al bribón que le hablaba con tal atrevimiento: pero el enano vió el movimiento, y rápido como el pensamiento, saltó sobre la balaustrada, y con la destreza y agilidad de un mono, se puso á trepar á lo largo de una de las columnas, y no se detuvo hasta que estuvo montado en una de las hojas del capitel. Allí se puso á cantar una canción cuyo tono y palabras componia á la vez. Decia esta canción:

«Ya tengo un casco, un bonito casco, un casco terminado en una corona real: un casco que me cuesta cien ducados.

«Y voy á tratar de proporcionarme por el mismo precio una coraza y una espada, y entonces me haré armar caballero por algun emperador que no haya faltado nunca á su palabra.

«Después, cuando esté armado caballero, que tendré una buena espada, de buena hoja, me iré por montes y valles haciendo justicia,

porque en los países de Germania y Francia hay gran necesidad de hacer justicia.

«Mas ¡ay! ¿dónde encontraré para armarme caballero un emperador que no haya faltado nunca á su palabra?»

El ruido de un bolsillo que caía sobre el pavimento interrumpió la improvisación del cantor; el enano comprendió que su moral había producido su efecto: se bajó de la cornisa y fué á recoger la bolsa, con un ojo en ella y otro en el emperador.

—Vamos, ven aquí, bribón, dijo Carlo-Magno, y no temas. Te necesito.

—¡Oh! entonces, dijo el enano, si me necesitas es otra cosa, ya no tengo miedo.

—Quiero robar, añadió Carlo-Magno.

—Mal oficio, replicó el enano, y sobre todo cuando hay que habérselas con gentes que prometen y no cumplen; así, si me crees, puesto que tienes la desgracia de haber nacido hombre honrado, permanece hombre honrado.

—Te digo que quiero robar, dijo Carlo-Magno con un tono que probaba que comenzaba á cansarse de las reflexiones filosóficas de su interlocutor.

—¡Oh! entonces, dijo el enano, si es una vocación decidida, no hay mas que decir. ¿Qué quieres robar?

—¡Ah! he ahí lo que no sé, dijo Carlo-Magno. Pero quiero robar á alguien, y eso inmediatamente, esta misma noche.

—¡Diablo! contestó el enano; ¡pues bien! robemos.

—¿Pero á quién robar? preguntó Carlo-Magno.

—Mira, dijo el enano estendiendo la mano, ¿ves aquella pobre cabaña?

—Si, contestó el emperador.

—Pues bien, allí hay un bonito negocio que hacer. Por pobre que te parezca, encierra hoy cien florines: hace cerca de diez años trabaja el aldeano que la habita, todos los días desde las cinco de la mañana hasta las ocho de la noche, de modo que á fuerza de remover la tierra ha conseguido reunir esta cantidad. La puerta cierra mal, el pobre hombre tiene el sueño pesado, y ya ves que es fácil robarle.

—¡Miserable! exclamó Carlo-Magno, ¡quieres que vaya á arrebatar á un desgraciado el fruto de diez años de trabajo; un dinero empapado en el sudor de su rostro!

—¡Yo! dijo el enano, no quiero nada; me pides un consejo y te lo doy; he aquí todo.

—Otro, otro, exclamó Carlo-Magno.

—¿Ves aquella casa de campo? dijo el enano dirigiendo el dedo hacia otra parte.

—La veo, respondió el emperador.

—Es la de un rico comerciante; no serán florines lo que encuentres en casa de este, sino ducados, y no los encontrarás á centenares sino á millares.

—¿Y sin duda, dijo Carlo-Magno, dedicándose á la usura y estafando en el peso es como ha hecho semejante fortuna?

—No, dijo el enano, no. Por el contrario, haciendo para sí como para los demás, tal exactitud en sus cuentas, que su probidad ha llegado á ser proverbial; y á este por casualidad le ha dado la probidad lo que á los demás la truhanería.

—¡Cómo, tñante! dijo el emperador, ¿y es precisamente á un hombre que ha hecho su fortuna de una manera tan honrada, á quien quieres que arruine?

—Yo no quiero nada, dijo el enano; por el contrario, tú eres el que quiere robar. Yo te digo quiénes son los que tienen dinero, y nada mas.

—Si, sin duda, quiero robar, contestó el emperador, pero no al pobre labrador, no al industrioso comerciante; mejor quisiera robar á algun buen abate, obesó por la molicie, enriquecido por el diezmo, que no haya hecho jamás otra cosa que dormir, comer y beber. He aquí á quien quisiera yo robar, si quieres saberlo.

—¡Diantre! para un principiante, dijo el enano, no está mal razonado; pero robando á tal persona, siempre seria á los pobres á quienes robarias, porque sabria muy bien hacer que al día siguiente le entregase el pueblo el doble de lo que tú le hubieras cogido.

—Pues bien, entonces, añadió el emperador, quisiera robar á alguno de esos malos caballeros que no viven mas que del saqueo y los desafueros; que hacen traición á aquellos á quienes deberian servir, y que oprimen á los que deberian defender.

—¡Oh! entonces es otra cosa, ¡que no te explicaras antes! dijo el enano. Tengo lo que deseas. ¿Ves aquel castillo fortificado?

—Si, contestó Carlo-Magno.

—Pues bien, es del señor Harderic, el bribón mas grande que la tierra ha abortado después del rey Atila y el falso profeta Mahoma.

—Tanto mejor, dijo el emperador.

—Pero eso no será cosa fácil. Tiene el sueño ligero y la mano pesada. Habrá que ganar algunos golpes.

—Tanto mejor, tanto mejor, dijo el emperador.

—Pues bien, entonces ve á ponerte otra coraza, una coraza oscura como la noche, á favor de cuya oscuridad nos escurriremos. Ve á coger un puñal corto en vez de esa larga espada. La espada es una arma de día para alcanzar de lejos. Por la noche no se hiere mas que á lo que se toca. Se tienen los ojos en las manos, y no se necesita que la vista alcance mas lejos que la hoja. Anda y vuelve, te espero aquí, contando mis ducados á ver si la cuenta está bien.

El emperador no se lo hizo repetir dos veces; volvió á meterse en sus habitaciones, y salió al instante cubierto de una cota de malla

de acero bruñido, que le ajustaba al cuerpo como un jubon, y le cubría la cabeza como una capucha. Además llevaba á la cintura un cuchillo ancho, corto y cortante como la espada romana. El enano le examinó de pies á cabeza, é hizo una señal de aprobacion.

—Vamos, dijo Carlo-Magno.

—En marcha, repitió el enano.

Y ambos salieron del palacio; y por el camino mas corto, es decir, atravesando tier- ras, se dirigieron hácia el castillo de Har- deric.

En el camino, habiendo encontrado Carlo- Magno un término que servía para demarcar los limites de un campo, le arrancó de la tier- ra y se lo echó al hombro.

—¿Qué diablos haces! dijo el enano.

—¿Crees que encontraré la puerta abierta? preguntó el emperador.

—No, respondió el enano.

—¡Y bien, ya llevo con qué hundirla!

El enano prorumpió en una carcajada.

—Eso es, dijo, y al primer golpe que die- ras, toda la guarnicion se pondría en pie, y en- tonces, ¿qué encontrarías que coger? alguna gallina asustada que se guareciese en el foso. Te creía mas sagaz, amo.

—¿Pues cómo hemos de hacer? preguntó Carlo-Magno un poco confuso por su inesp- eriencia.

—Ese me corresponde á mi, dijo el enano.

Carlo-Magno dejó caer su marmolillo y continuó su camino sin decir una palabra.

En cuanto llegaron á la puerta, como lo habia calculado Carlo-Magno, la encontraron cerrada. Miró á su enano como para pregun- tarle qué habia que hacer; el enano le hizo seña que estuviese lo mas cerca que le fuese posible de la puerta; y lanzándose sobre una higuera que cruzaba el foso, y de la higuera encaramándose por la muralla, subió, metió sucesivamente sus manos y sus pies en los intervalos de las piedras hasta llegar á las al- menas, y desapareció. Un instante despues oyó Carlo-Magno rechinar una llave en la cerra- dura: la puerta se movió pesadamente, pero sin ruido, luego se entreabrió lo preciso para dejar pasar á un hombre. Carlo-Magno pasó; el enano entornó la puerta con las mismas precauciones que habia tomado para abrirla, y los dos ladrones se encontraron en el patio del castillo.

—Hé ahí vuestro camino, dijo el enano se- ñalando á Carlo-Magno la escalera que condu- cía á las habitaciones del castillo; he ahí el mio, continuó enseñando la caballeriza.

—¿Por qué no vienes conmigo? preguntó Carlo-Magno.

—Porque yo tengo tambien que dar mi golpe, dijo el enano.

Y poniéndose á correr gateando como un perro, á fin de no ser reconocido como criatura humana en el caso de que fuese visto, atravesó el patio, y entró en la caballeriza.

Esta confianza del enano picó el amor propio de Carlo-Magno: subió la escalera lo mas calladamente que pudo, entró en las ha- bitaciones, y alumbrado por un rayo de luna que precisamente se descubrió en el cielo en aquel momento, llegó á la habitacion que pre- cedía á la alcoba en que dormían Harderic y su muger. En cuanto llegó allí, estendió la mano por si encontraba algo que coger, y su mano tocó un cofre redondo que le pareció de- bía contener dinero ó alhajas. En aquel mo- mento el caballo del castellano relinchó tan violentamente, que Carlo-Magno se estre- mecía.

—¡Hola! dijo Harderic despertándose sobre- saltado, ¿qué pasa en mi caballeriza?

—Nada, respondió la voz de su muger, es tu caballo que relincha.

—Mi caballo no tiene costumbre de relin- char así, dijo Harderic, es preciso que alguno á quien no conoce intente desatarle.

—¿Y quién quieres que intente desatar tu caballo?

—¿Quién, pardiez? un ladrón.

Y dichas estas palabras, Carlo-Magno oyó á Harderic bajarse de la cama y coger su espa- da. Entonces se hizo atrás, y gracias al rayo de la luna le vió pasar. Carlo-Magno perman- neció en su rincon, maldiciendo al enano, y teniendo para todo evento, la mano en la em- puñadura de su espada.

A los pocos momentos volvió á entrar el castellano.

—¡Y bien! le dijo su muger, ¿quién habia en la caballeriza?

—No habia nadie, respondió Harderic, pe- ro hace tres ó cuatro noches que no puedo dormir.

—Y no puedes dormir porque sin duda me- ditas algo.

—Es verdad, dijo el castellano.

—¿Y qué meditas?

—Ahora ya puedo decirtelo, respondió Har- deric, porque el momento en que debe llevar- se á efecto nuestro proyecto, casi ha llegado; mañana, yo y otros once condes, barones y señores, debemos matar al rey Carlos, que nos impide ser dueños de nuestras casas, lo cual estamos cansados de soportar, y ya no quere- mos sufrir mas.

—¡Ah, ah! dijo en voz muy baja Carlo- Magno.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! dijo la castella- na asustada, y si fracasa vuestro proyecto, sois perdidos.

—¡Imposible! contestó el castellano, esta- mos unidos por los mas terribles juramentos; mañana convocados á la dieta con todos los demas, entramos en palacio sin escitar nin- guna sospecha; iremos bien armados, y él no lo estará, rodeamos su trono, le herimos, y cae.

—¿Y quién son los conjurados?

—Eso es lo que no puedo decir, ni aun á ti

misma; pero su compromiso firmado con su sangre está aqui en la habitacion inmediata, encerrado en la cajita que se encuentra sobre la mesa.

Carlo-Magno alargó la mano, la cajita es- taba efectivamente allí donde habia dicho Har- deric.

—¡Ay! dijo la castellana, ¡Dios quiera que esto acabe bien!

—Amen, dijo el castellano.

Y se puso á dormir: por algun tiempo aun se oyeron los suspiros de la castellana, mas no tardó en mezclarse su suave é igual respi- racion á los ronquidos de su marido: ambos habian vuelto á continuar su interrumpido sueño.

Entonces Carlo-Magno cogió la cajita, la puso bajo su brazo, atravesó las habitaciones, bajó la escalera, y llegó al patio. Allí vió á su enano que sujetaba el caballo de guerra del castellano, al que habia montado, y que re- linchaba y piafaba, como si juzgase indigno de él obedecer á tan miserable escudero. Mas entonces el buen emperador saltó encima, y apenas el caballo sintió el peso de un hom- bre, y comprendió que se las habia con un diestro caballero, se volvió dócil como un cor- dero. Carlo-Magno cogió al enano por el cue- llo de su justillo, le puso á la grupa, y partió á todo galope.

Luego que llegó al castillo, abrió Carlo- Magno la cajita que habia robado, y encontró en ella los compromisos de los doce conjura- dos firmados con su sangre. Hizo entonces despertar á sus gentes y mandó que se levan- tasen en uno de los patios del palacio once cadalsos de ordinaria altura, y otro mas ele- vado que los demas, y en lo alto de cada uno de los once patibulos, hizo clavar en car- teles los nombres de los once conjurados, y en el mas elevado el nombre de su gefe Har- deric.

Despues, como habia dos entradas en pa- lacio, mandó recibir á los demas barones convocados por otra puerta y otro patio, y no recibir mas que á los conjurados por la puerta y en el patio de los cadalsos.

Y se hizo como Carlo-Magno lo habia mandado, y cuando vió á todos los barones reunidos, les refirió el complot tramado con- tra él, les enseñó el compromiso firmado con la sangre de los doce conjurados, y les pre- guntó qué pena habian merecido: y todos los barones á una voz, dijeron que habian mere- cido la muerte.

Entonces Carlo-Magno mandó abrir los balcones que daban al segundo patio, y los barones vieron á las doce conjurados ahorca- dos en las doce horecas.

Y en memoria de la celeste aparicion á la que debia la vida, llamó al palacio donde la habia tepido *Ingelheim* ó la *Casa del Angel*.

Apenas se ha pasado Ingelheim, desapare- cen las montañas, el valle se estiende has-

ta casi perderse de vista, y el Rhin se estien- de como un inmenso lago. Se ha dejado atrás la parte mas pintoresca, y se tiene á la izquierda el castillo de Biberick, y enfrente, como el fondo del horizonte, la ciudad de Maguncia, que parece cortar el rio.

Biberick es la residencia del duque de Nas- sau. La mañana misma del dia en que pasa- mos por delante del castillo ducal, S. A. ha- bía llegado de vuelta de presidir sus estados, que no habian durado mas que una hora, puesto que el soberano los habia abierto y cerrado con el mismo discurso. He aqui el que dirigió á sus cámaras:

«Señores,

«En el ducado de Nassau contamos próxi- mamente ciento cincuenta mil almas.

«Desde los romanos hasta nuestros dias, se han hecho próximamente, por mis prede- cesores, y por los predecesores de mis pre- decesores, ciento cincuenta mil leyes; sa- le á ley por cabeza, lo cual me parece bas- tante. Os daré, pues, el consejo de ateneros á nuestras antiguas leyes, y no hacer otras nuevas.

«En cuanto á mi lista civil del año actual, como me queda aun próximamente la mitad de la cantidad que me votasteis el año pasado, es inútil que nos ocupemos de ella hasta el año próximo.

«Y con esto, señores, ruego á Dios os conserve en su santa y digna guarda.»

Y pronunciadas estas palabras, los Esta- dos habian sido cerrados.

Así es como se practica el gobierno pa- rlamentario en Alemania.

Diez minutos despues de haber pasado Bi- berick, abordamos al muelle de Maguncia.

Nuestro primer cuidado al llegar á Ma- guncia, fué ver la plaza de la Parada, donde se acababa de erigir la estatua de Guttemberg, fundida en Paris por un modelo de Thorwald- sen. Lo siento por el inventor de la imprenta, pero merecia algo mejor que aquello, y no ha ganado gran cosa en pasar del granito al bronce.

Pero tengo que reprenderme el haber con- tribuido por mi parte á aquella pícara obra. Agotados todos los medios de estímulo que ejercen comunmente su accion sobre los sus- critores, acaso por haber tenido la impruden- cia de publicar el producto de la suscripcion, quedaba un déficit de 8,000 francos; concibi- óse entonces la idea de dar una representa- cion de beneficio para cubrir aquella cantidad, y se eligió un drama francès que acababa de ser traducido al alemán. Este drama era *Kean*.

El producto escedió en mas de 2,000 fran- cos al déficit que debia llenar, lo cual debe atribuirse ciertamente al patriotismo de los maguncieses.

Di tres veces la vuelta alrededor de la es-

tátua para afirmarme en mi opinion, y volví á la fonda perfectamente enterado.

Dos horas despues rodaba nuestro carruage por el camino de Francfort.

## FRANCFORT.

Una ventaja inapreciable de las carreteras generales alemanas, es que se duerme en ellas mejor que en las posadas. Al salir de Maguncia me aproveché del escelente estado de los caminos para vengarme del mal estado de las camas. Desde Roma no habia dormido.

No sé á que hora llegamos á Francfort. Fui despertado con sobresalto por un austriaco que me sacudió el brazo para que le diera mis documentos. Desde que á uno le sucedió una aventura, los austriacos son feroces en materia de pasaportes.

La ciudad libre de Francfort, que en su cualidad de ciudad libre es custodiada por un regimiento prusiano y otro austriaco, habia manifestado por el órgano de sus dos burgo-maestres, el deseo de prender á un famoso ladrón, quien en la feria de otoño habia ejercido su industria á espensas de nacionales y extranjeros. En consecuencia, como á pesar de las pesquisas de la policia tocando la feria á su fin, el ladrón no habia sido cogido, se dió orden á los centinelas para que redoblasen su vigilancia é hiciesen entrar en el cuerpo de guardia á todos los que saliesen de la ciudad, á fin de examinar con atencion si los pasaportes estaban en regla, y si la filiación consignada en ellos convenia con la del rostro, la estatura y las señas particulares de los individuos; y tomadas estas medidas y comunicadas á los gefes de los regimientos, las autoridades de la ciudad, satisfechas de su sagacidad, se durmieron con completa tranquilidad.

No sucedió lo mismo al ladrón; el pobre diablo estaba muy inquieto; la naturaleza le habia dado un fisico muy particular, lo cual le hacia muy dificil el uso de un pasaporte que se hubiese estendido exactamente para él. No obstante, pasó revista á sus documentos; mas en los cinco ó seis pasaportes que poseia, no encontró uno que le tranquilizase suficientemente para hacerle intentar la prueba del cuerpo de guardia. Resolvió salir sin pasaporte como un ciudadano que va de paseo.

Presentóse, pues, en la puerta de Affenhor, guardada por un puesto austriaco, é intentó pasar contoneándose y con un junco en

la mano. Pero el centinela, que habia recibido su consigna, gritó: ¡Quién vive! con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Ciudadano! respondió el ladrón.

—Acercaos á la orden, dijo el centinela.

No habia medio de negarse á semejante invitacion acompañada de una actitud militar que no dejaba duda alguna acerca de las intenciones del que la hacia.

—Aquí estoy, dijo el ladrón aproximándose.

—¿Vuestro pasaporte? preguntó el centinela.

—¡Mi pasaporte! respondió el ladrón como si le admirase sobremanera la pregunta, no le tengo.

—Pues bien, dijo el centinela poniendo el arma al brazo, sois muy dichoso en no tenerle, porque si le tuviérais, me hubiera visto obligado á haceros entrar en el cuerpo de guardia, donde se hubiera examinado si la filiación estaba en relacion con vuestra fisiología, lo cual os hubiera hecho perder media hora larga; pero puesto que no le teneis, es otra cosa. Marchad.

El ladrón se aprovechó del permiso que se le habia concedido tan graciosamente por el centinela.

Por lo que hace á nosotros, como nuestro fisico, en relacion con nuestras señas, no escitó al parecer ninguna desconfianza, salimos del paso con media hora de espera, despues de lo que nuestro carruage nos dejó á la puerta del *Emperador romano*, donde terminó la noche tan bien comenzada en la diligencia.

Al dia siguiente al despertar, me puse al balcón. Estaba en la Zeila, la calle mas hermosa de Francfort. Por encima de mi cabeza tenia un magnífico emperador, cuya intencion es representar á Carlo-Magno ó Luis de Baviera, ó no sé á cuál, pero que ciertamente no representa ni al uno ni al otro; á derecha é izquierda se veian las casas mas ricas de Francfort. Este primer aspecto me dió la mas alta idea de las ciudades libres.

Bajé al salon general; como en lo demas de Alemania, las comidas de los huéspedes estaban señaladas para la una y para las cuatro, lo cual permite á cada uno comer segun su costumbre. A la comida de la una no hay mas que alemanes, y en cambio á la de las cuatro no hay mas que ingleses y franceses.

Me quedaban aun dos horas; pregunté la direccion del Rœmer ó del Ayuntamiento. En este monumento, como es sabido, era donde se elegian los emperadores.

Francfort, cuyo nombre teuton *Francfurt* quiere decir *vado franco*, debe su origen á un castillo imperial que habia mandado construir allí Carlo-Magno, en el sitio mismo en que el Mein es vadeable. La primera huella de él que se encuentra en la historia, es la fecha del concilio que se celebró allí en 794, concilio en el que no se admitió la adoracion de los Magos. En cuanto al palacio de Carlo-Mag-

no, no queda ningun vestigio de él; solo si pretenden los anticuarios que se hallaba junto al sitio en que despues se edificó la iglesia de San Leonardo.

Desde Luis el Pio hasta el fin de la dinastia Carlovingia, Francfort fué la capital del reino oriental de los francos; los tres Othones la hicieron sucesivamente rodear de murallas, y en tiempo de Luis de Baviera, su directo protector, llegó casi al grado de estension que tiene hoy. Por lo demas, desde 1152, en Francfort era donde se elegian los emperadores romanos, cuando en 1356 apareció la Bula de Oro, dada por Carlos IV, y que llegó á ser la ley fundamental del imperio. Esta famosa bula, escrita en cuarenta y cinco hojas de pergamino, y que comenzaba por estas palabras: *Omne regnum in se divisum desolabitur*, se conserva en los archivos del Ayuntamiento. Su nombre le viene de la lámina de oro que cubria y cubre aun su sello, á fin de conservarle intacto. Dos siglos mas tarde, no solo fueron elegidos los soberanos en Francfort, sino que tambien fueron allí coronados; lo cual dió á la ciudad nueva importancia.

Francfort se gobernó, mejor ó peor, como ciudad municipio-imperial, hasta el momento en que, despues de haber sido bombardeada por los franceses durante las guerras de Napoleón, fué donada el dia menos pensado por Napoleón al principe primado Carlos de Dalberg, y entonces pasó á ser la capital del gran ducado de Francfort; en fin, el 9 de junio de 1815, el acta del congreso de Viena hizo de Francfort el asiento de la dieta de la Confederacion germánica, y la capital del gran ducado de Francfort se encontró otra vez ciudad libre.

Por su nueva constitucion, los francforteses tienen derecho á una cuarta parte de voto en la dieta, perteneciendo las otras tres cuartas á las tres ciudades libres, Hamburgo, Bremen y Lubeck.

En cambio de este honor, Francfort debe tener setecientos cincuenta hombres á disposicion de la Confederacion germánica, y disparar el cañon el dia aniversario de la batalla de Leipsick. Este último artículo experimentó al principio algunas dificultades, porque la ciudad libre no tenia desde 1808 murallas, ni desde 1813 cañones. Pero se aprovechó el primer momento de entusiasmo para abrir una suscripcion con el objeto de comprar dos piezas de á cuatro. Y gracias á esta liberalidad voluntaria, la ciudad libre hace en el dia fijado y con una exactitud completamente comercial, el fuego y el humo que debe á la Santa Alianza.

En cuanto á las murallas, no hay nada que decir; en vez de murallas antiguas y fangosos fosos, los francforteses han visto surgir como un cinturón gracioso y embalsamado, un encantador jardín inglés que permite dar vuelta á la ciudad bajo magníficos árboles y por en-

arenados caminos. De modo que con sus casas pintadas de blanco, de color de melocoton y de rosa, Francfort parece un ramillete de camelias rodeado de brezo. El sepulcro del maire á quien se le ocurrió esta idea, se eleva en medio de aquel encantador laberinto, que pueblan los ciudadanos y sus familias todos los dias á las cinco.

Por curioso que fuese visitar el paseo de la Muralla, como se llama, no quise salir del Ayuntamiento sin haber visto el salon de los emperadores. Conseguí exhumar una especie de conserge que subió delante de mí con un manojo de llaves en la mano, y me abrió aquel salon, que lleva hoy el titulo de salon del Senado. Una de las cosas curiosas de este salon, que contiene todos los retratos de los emperadores, desde Conrado hasta Leopoldo II, es que el arquitecto que le construyó hizo exactamente tantos nichos como emperadores debia haber allí, de modo que en el momento en que Francisco II fué elegido, habiendo acabado el espacio en la sala, no se encontró ya nicho para el nuevo César. Discutiase mucho para saber donde se pondria el retrato del nuevo elegido, cuando en 1806 se desplomó el antiguo imperio romano al estrépito del cañon de Wagram, sacando de este modo de su embarazo á los cortesanos.

El arquitecto habia previsto el número de emperadores que debian colocarse allí. Nosotramos no lo hubiera hecho mejor.

Desde Conrado hasta Fernando I, es decir, desde 911 á 1556, se verificó la coronacion en Aix-la-Chapelle: Maximiliano II comenzó en 1564 la serie de los emperadores coronados en Francfort.

Despues de la ceremonia, que se verificó en la iglesia catedral de San Bartolomé, mas conocida bajo el sencillo nombre del Domo, el nuevo elegido, acompañado de los electores, volvió al Ayuntamiento y subió al gran salon, para ejecutar y ver ejecutar las ceremonias acostumbradas en semejantes casos.

Los electores de Tréveris, Maguncia y Colonia, se colocaban en el primer balcón, contando de derecha á izquierda.

El emperador, de traje de gala, con el manto imperial sobre sus hombros, la corona en la cabeza, el cetro y el globo en la mano, se colocaba en el segundo balcón.

En el tercero habia un dosel, bajo el que estaban el arzobispo y el clero.

El cuarto estaba destinado á los embajadores de Bohemia y del Palatinado.

El quinto á los electores de Sajonia, Brandeburgo y Brunswick.

En el momento en que aparecia esta brillante asamblea, toda la plaza estallaba en gritos y aclamaciones.

Esta plaza merece una descripcion particular.

El centro estaba ocupado por un buey entero que se asaba en una cocina hecha de tablas.

En uno de los lados habia una fuente que remataba en un águila de dos cabezas, que por uno de sus picos echaba vino tinto y por el otro vino blanco.

El otro lado lo ocupaba un monton de avena que tendria unos tres pies de altura.

Cuando todos los balcones estaban ocupados, cuando el emperador, el arzobispo y los electores estaban sentados en sus respectivos puestos, se oía el sonido de la trompeta, y el archi-mariscal salía á caballo, metía hasta la cincha el caballo en la avena, llenaba una medida de plata, volvía á subir al salon, y presentaba al emperador esta medida.

Esto queria decir que las caballerizas estaban provistas.

Oíase entonces segunda vez la trompeta, y el copero mayor salía á caballo, é iba á llenar dos copas de plata en la fuente, la una con vino tinto, la otra con vino blanco, y llevaba estas dos copas al emperador.

Esto queria decir que las bodegas estaban llenas.

Se oía la trompeta por tercera vez, y el trinchante mayor salía á caballo, é iba á cortar un pedazo de buey y lo llevaba al emperador.

Esto queria decir que las cocinas estaban florecientes.

En fin, se oía la trompeta por cuarta vez, y el tesorero mayor salía á caballo, llevando en la mano un saco donde estaban mezcladas monedas de oro y plata, y arrojaba estas monedas al pueblo.

Esto queria decir que el tesoro estaba lleno.

La vuelta del tesorero mayor era la señal de un gran combate á que se entregaba el pueblo por tener avena, vino ó buey. Generalmente se dejaba á los carniceros y cosecheros de vino sítar y tomar la cocina; la cabeza del buey era el trofeo mas honroso de la lucha. La victoria se adjudicaba al partido que tenia la cabeza; y todavía hoy los cosecheros enseñan en las cuevas del palacio y los carniceros en su mercado las cabezas que sus antepasados conquistaron en las memorables jornadas de las coronaciones.

Después de haber visitado escrupulosamente las bodegas y el mercado, y rendir mis homenajes á los descendientes de los cosecheros y á los sucesores de los carniceros, me dirigí hácia el malecon por el cual bajé hasta Mainhüt, y saliendo por la puerta inmediata, me encontré en los encantadores jardines de que he hablado mas arriba, y que son realmente deliciosos. Seguí por ellos hasta la puerta de Bockenheim, y volví á entrar en la ciudad. Como sabia que estaba en la patria de Goethe, y no debiendo estar muy lejos la casa del poeta del barrio en que me encontraba, me aproximé á un respetable caballero que con una caña con puño de oro en la mano, atravesaba la plaza del Teatro; después, con toda la cortesania posible, me informé de si hablaba francés.

—¿Si hablo francés, caballero? me dijo. Un banquero debe hablar todos los idiomas, y yo soy banquero retirado. Me incliné con todo el respeto que profeso á esta estimable clase de la sociedad, y cuando me hubo devuelto mi saludo:

—En ese caso, caballero, le dije, ¿me hareis el gusto de indicarme la casa de Goethe?

—¿La casa de Goethe? ¿la casa de Goethe? repitió por dos veces el buen hombre cogiéndose la barba con la mano, y procurando reunir todos sus recuerdos. ¿La casa de Goethe? ¡hum! ¡hum! Caballero, preciso es que sea esa una casa que haya hecho bancarrota ó que todavía no tenga reputacion, porque no la conozco.

—Entonces, dispensadme por haberos importunado.

—No hay de qué, servidor vuestro.

Y nos separamos sumamente complacidos el uno del otro. El buen hombre me habia dado mas que lo que le pedia.

Al volver al *Emperador romano*, me informé del mozo de la fonda dónde estaba situada la casa de Goethe, supe que era la casa señalada con la letra F, número 74, en la calle *Grosser-Thirschgraben*, que quiere decir, segun creo, la calle del Gran Foso de los Ciervos.

Sea dicho esto de paso para librar á los viajeros del embarazo de prolongadas indagaciones.

### LA CALLE DE LOS JUDÍOS.

Inmediatamente después del almuerzo me puse en campaña, y como sabia ya dónde encontrar la casa de Goethe, me contenté con preguntar la direccion de la calle. Aunque Francfort se vanagloria de poseer 247 calles, todos felizmente conocian esta; así que estuve pronto frente á la letra F, número 74.

Esa letra y este número son los de una casa que en nada se distingue de las casas inmediatas; únicamente encima de la puerta están las armas de la familia, armas proféticas y cuyos colores no se pueden conocer por la ignorancia heráldica del que las talló, pero cuya pieza mas notable es una banda con tres listas.

En esta casa es donde Goethe escribió una parte de *Werther*.

Goethe es sin contradiccion, uno de los genios mas poderosos, no diré que haya poseído la Alemania, sino que haya poseído el mundo. En cada ramo de la literatura ha dejado alguna obra maestra. En novelas *Werther* y *Wilhelm weister* son maravillas; *Getz de*



Calle de los Judios, en Francfort.—Pág. 412.—O.